

“CUENTA CONMIGO, CUENTA CON ELLOS”

Familia

Sociedad

Instituciones

Sociedad



GRUPO DE TRABAJO PROMOCIÓN DEL BUEN TRATO HACIA LAS PERSONAS MAYORES

Coordinadoras:

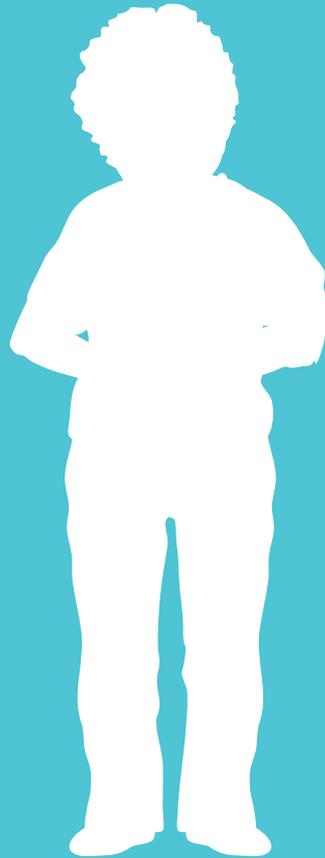
Gema Pérez-Rojo
Alejandra Chulián

Autores :

Marta Bolullo Pastor
Alejandra Chulián Horrillo
Gabriel Dávalos Picazo
M^a Luisa Delgado Losada
Javier López Martínez
María José Merenciano Tinoco
Manuel Nevado Rey
Cristina Noriega García
Gema Pérez Rojo
Mercedes Retana Campos
Sonia Sáez de Lorenzo
Patricia Ugedo Castillo
Cristina Velasco Vega

Ilustrador:

Óscar Treviño Cerros



Edita:

Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid

Dirección:

Cuesta de San Vicente, 4, 6^a planta, 28008 Madrid

Teléfono:

91 5419999

Email:

copmadrid@cop.es

Web:

www.copmadrid.org

Imprime:

Huna Soluciones Gráficas SL (Huna Comunicación)

Depósito Legal:

M-20322-2016

ISBN:

978-84-87556-74-6

PRÓLOGO

“CUENTA CONMIGO, CUENTA CON ELLOS”

La sensibilización sobre los malos tratos hacia las personas mayores en la sociedad actual y la concienciación sobre la importancia de respetar los derechos fundamentales de las personas mayores son dos de los pilares básicos para evitar que estos aparezcan o que continúen ocurriendo.

Y es que, cuando se piensa en malos tratos, se cree que estos sólo se refieren a golpes o insultos, pero hay situaciones más sutiles y menos explícitas que también causan daño, como la infantilización o la violación de los derechos, y no sólo a la persona, sino también a su familia, entorno y/o grupo social.

Actualmente son muchas las iniciativas que se van poniendo en marcha, y muchas las personas y los profesionales que se están esforzando día a día para conseguir que los mayores reciban el Buen Trato que se merecen; pero aún es necesario que se siga trabajando para mejorar la calidad de vida de las personas mayores, dentro de sus familias, en la sociedad y en las instituciones.

Este es el objetivo de esta serie de cuentos realizados por el Grupo de Trabajo Promoción del Buen Trato hacia las Personas Mayores del Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid, hacer visibles situaciones de mal trato en las que cualquiera ha podido estar involucrados alguna vez, bien como protagonista o bien como observador, sin la intención de culpabilizar ni dar dogmas de comportamiento, sino de sacar a la luz aspectos a mejorar y dar alternativas para conseguir el trato adecuado que merecen las personas mayores.

La serie está formada por tres cuentos con una misma protagonista, Amparo.

A través de la vida de Amparo y de las distintas situaciones a las que se enfrenta, se ofrece una versión de mal trato, por parte de la familia, de las instituciones o de la sociedad, y una versión de buen trato, que es la que permitirá entender qué es lo que se puede mejorar en el día a día, como mayores, familiares y/o profesionales.

Esperamos que esta iniciativa ayude en el fomento y la promoción del Buen Trato hacia las Personas Mayores.

SOCIEDAD – MAL TRATO

Una mañana cualquiera Amparo se despertó y miró el reloj, marcaba las seis. Era demasiado pronto para levantarse. Como acto reflejo, tocó el lado vacío de la cama, el de Esteban, - ¡cuánto lo echaba de menos! - "Qué dura se me ha hecho la vida sin ti, Esteban" -susurró -. Puso la radio... Debió quedarse dormida porque cuando miró de nuevo el reloj eran las nueve. Se levantó. Despacio, sin apenas hacer ruido, encendió la luz, se puso las zapatillas y la bata para dirigirse a la cocina. Se preparó un café descafeinado y cogió una magdalena. Volvió a su habitación. Comenzó a vestirse. Después se puso el abrigo, salió de casa y cerró la puerta con llave.

Amparo vivía en un tercero sin ascensor. Cuando se instalaron en esa casa, allá por los setenta, la mayoría de las casas no tenían ascensor. Eran jóvenes, y tampoco les importaba; sin embargo, ahora las escaleras eran un verdadero martirio. Comenzó a bajar lentamente, agarrándose fuerte a la baranda del hueco de la escalera; cada vez le resultaba más difícil bajar, por eso prefería quedarse en casa. En la última reunión de vecinos, ella y las otras dos vecinas más antiguas de la casa, habían pedido que se instalase una barandilla en la pared a la que poder agarrarse con más facilidad. Esta mejora no se aprobó porque la mayoría de los propietarios pensaban que salía muy caro, que estropeaba el diseño de la escalera y que sólo eran tres los afectados. Sí se aprobó el cambio de buzones porque eran anticuados. "¡Abuela, hay que rejuvenecer la finca!" - fue la respuesta del presidente de la comunidad -.

Se detuvo en cada descansillo. En la escalera sólo se oía su respiración, fuerte y entrecortada. A la altura del primero salió a su paso Marta, su vecina. Desde que esta vino a vivir al vecindario no hacía más que pedirle que se quedara con su hijo Juan. Al principio era de vez en cuando pero ahora Marta daba por hecho que Amparo se tenía que quedar con Juan cuando ella lo necesitaba.

- "Buenos días, Marta. ¿Qué tal está Juan? ¿Ya se le ha quitado el resfriado?" - preguntó Amparo -.

- "Sí. Hoy le he llevado al colegio. Esta tarde tengo turno de tarde y lo va a recoger Sara, la mamá de Rubén. Ya la he dicho que te pasaras a recogerlo por su casa a partir de las seis".

- "Esta tarde..." - Amparo no pudo terminar la frase -.- "Sí, sí. Que no se te olvide, a las seis lo recoges. ¡Ah! y le das la merienda porque el pobrecillo va a tener



mucha hambre. Bueno me voy que tengo mucha prisa. Adiós”.
 -“Ya, pero...” - Amparó se quedó con la palabra en la boca -.

Amparo se quedó pensando en Marta. Aunque las cosas las tuviera difíciles no implicaba que pudiera tenerla a su disposición siempre, sobre todo con lo cansada que se encontraba ahora. Continuó su camino, sólo quedaba un piso. Cuando salió a la calle, estuvo un buen rato apoyada en el pomo de la puerta del portal intentando recuperar el aliento.

-“Señora, ¿sale o entra? Que está bloqueando el paso...” - le gritó un joven que llevaba los cascos puestos -.

-“Lo... lo siento... Estaba pensando...” - Amparo intentó disculparse con el joven, pero éste ya se había marchado -.

Una vez recuperado el aliento, Amparo se dirigió a la sucursal bancaria. Se puso en la cola para el cajero, ahora no atendían en ventanilla si querías sacar dinero. Cuando llegó su turno, metió la cartilla en la máquina. En la pantalla apareció un texto. Amparo rebuscó en su bolso hasta encontrar sus gafas de cerca, tenía que teclear la clave, sacó el papelito de su bolsillo donde la tenía apuntada. Lo intentó pero como no veía bien los números se equivocó y el cajero expulsó la libreta. Una persona mayor miró apesadumbrado al suelo...”a ver cómo lo hacía cuando llegara su turno”-pensó. Volvió a meter la cartilla e intentó teclear de nuevo. Un taconeo detrás la hizo volverse. Había cuatro personas esperando y parecían nerviosas. “¿Qué números he marcado, no me acuerdo...?” – exclamó con cierto nerviosismo -. Se equivocó otra vez. Las personas que esperaban suspiraron impacientes. La máquina volvió a escupir la libreta. Una nueva oportunidad, pero estaba tan nerviosa que de nuevo se equivocó. Esta vez el cajero se tragó su cartilla.

-“¡Mi cartilla...!” – dijo muy preocupada -.

-“Pues, se la ha tragado el cajero, se ha equivocado tres veces!” - dijo uno de los que esperaban -.

-“Lo... lo siento... ¿Qué hago? ¿Y mi cartilla?” –Amparo estaba cada vez más preocupada -.

-“Pues tendrá que entrar en el banco ¿no? ¡Venga, venga que no tenemos todo el día! – dijo otro hombre que estaba esperando-.

Amparo se dirigió al interior de la sucursal. “Aquí tampoco hay sillas” – pensó - y además había mucha gente esperando. Cuando llegó su turno, le explicó al empleado lo que había sucedido. Este, sin quitar la vista de la pantalla del ordenador, le preguntó cuánto quería sacar, le dio el dinero y le devolvió la cartilla. Le dijo que más le valía aprender, que ellos no podían



dispensar tan poco dinero desde la ventanilla. Miró a su espalda y dijo “el siguiente”.

Amparo consultó la hora, eran casi las doce y tenía que ir al médico. Llegó al centro de salud y se sentó a esperar su turno. El médico salió a la puerta del despacho y pronunció una lista de nombres, Amparo era la siguiente.

-“Hombre Amparito – le dijo mirando el ordenador - ya estamos por aquí otra vez. A ver, a ver, ya tenemos los resultados de los análisis y tienes algo de anemia. ¿Qué pasa que no nos apetece comer?”. Amparo hizo ademán de responder, pero el médico se adelantó y continuó. Tenemos que comer bien para estar fuertes. A tus años tienes que hacer un esfuerquito y comer. Te voy a recetar unos suplementos vitamínicos para estimular el apetito, tómate una por las mañanas con el desayuno”.

-“Gracias, doctor. A ver si me repongo, no soy la misma desde que falta mi marido y he perdido bastante peso ¿sabe?”. El médico continuó con sus preguntas sin hacer caso al comentario de Amparo.

-“¿Caminas o haces algún ejercicio? - el doctor elevaba la voz cuando se dirigía a Amparo -. La glucosa sigue un poco elevada. Me paso todo el día diciendo lo mismo, parece que os cuesta hacerme caso, ¿eh?”.

-“Sí, voy a la piscina dos veces a la semana e intento caminar un poco todos los días”.

-“Bueno, bueno, eso está bien. Voy a enviarte al especialista para que valore estas alteraciones...”

-“Es que...”:- interrumpió Amparo -.

-“Es que nada... ¡Que hay que cuidarte, que parece que no quieres!. Bueno, pues esto es todo. ¡Ah! Acuérdate que la última vez activamos la receta electrónica y ya no es necesario que vengas aquí a recoger los medicamentos, puedes ir directamente a la farmacia. Hasta luego!”.

Amparo salió de la consulta un poco molesta, ya que su nombre era Amparo, no Amparito, no era una niña. De camino a casa entró en la panadería, la de Rosario y Enrique. Ahora ya no se llamaba panadería, ni estaban Rosario ni Enrique, ahora se llama “Boutique del pan”, “como si vendieran vestidos para los panes” - pensó -:





- “Buenos días. ¿Un pan sin sal señora?”.
- “Y póngame tres rosquillas” – contestó Amparo -.
- “A su edad es mejor cuidarse ¿Quiere llevarse estas galletitas sin azúcar?”.
- “No, gracias”.
- “Son muy buenas para la gente mayor...”.
- “Ya, pero es que a mí no me gustan, gracias”.
- “Bueno, aquí estamos para ofrecer...”.

Amparo salió de la panadería. Desde la puerta oyó cómo le gritan que tuviera cuidado con las baldosas sueltas de la acera, que una “anciana” se cayó ayer mismo en la puerta.

De nuevo en el portal, delante de las fatigosas escaleras, empezó a subir muy despacio... hoy le parecía que estaban más empinadas. Abrió la puerta, dejó las bolsas en la cocina y se sentó un rato. Ni siquiera encendió la luz ni descorrió las cortinas. Cuando se recuperó, fue a cambiarse y después empezó a hacer la comida. “Ay Esteban, si tú o alguno de los chicos estuvierais aquí, haría un guiso, pero para mí sola con

un tomatito y un huevo duro tengo suficiente”- dijo entre dientes y con un tono de tristeza - . Después de comer se acomodó en el sillón de oreja de Esteban. Se quedó dormitando mientras escuchaba retazos de una entrevista a no sé qué cargo público que hablaba de las pensiones y cómo una señora se quejaba diciendo que cuando una enviudaba le reducían la pensión, pero no se reducía el coste de la luz, el agua o el gas.

Eran casi las seis cuando Amparo comenzó a bajar las escaleras a casa de Sara y llamó al timbre.

- “Sara, soy Amparo, vengo a recoger a Juan”.
- “Menos mal que ya estás aquí. Ya pensaba que tendría que subirle yo”.
- “Lo siento, es que me cuesta mucho subir y bajar escaleras”.
- “Claro, claro, y yo tengo que ir con Rubén a probarle el traje de la primera comunión y vamos a llegar tarde”.
- “De veras que lo siento Sara”.

-“Bueno, bueno, nos vamos corriendo”.

Amparo se dirigió Juan,

-“¿Qué tal Juan. ¿Ya estás bueno?”.

-“Ya no toso. ¿Vamos a merendar chocolate como el otro día?”

-“Claro que sí. Creo que me queda algo y he comprado unas rosquillas”.

Amparo le preparó un bocadillo de pan y chocolate, como los que hacía a sus hijos. Merendaron juntos en la cocina. A Juan le gustaba dibujar y mientras le contaba historias del colegio, de sus partidos de futbol, de que quería ser bombero de mayor.. Amparo le escuchaba atenta, gesticulaba y reía ante sus ocurrencias. El niño le mostró con orgullo el dibujo que había hecho. En él aparecían Juan, su mamá y alguien más.

-“Juan, ¿quién es esta persona?” – preguntó Amparo -.

-“¿No lo sabes? Eres tú”- contestó Juan con una sonrisa y con un gesto de complicidad -.

-“¿Yo? – Amparo miró el dibujo de esa mujer con moño y bastón y aunque no se reconocía. Le dio las gracias y le dijo “dibujas muy bien, Juan”. Vamos a colgar el dibujo en la nevera”.

A las ocho, Marta llegó a recoger a Juan. El silencio volvió a llenar la casa. Se levantó despacio y recorrió el frío pasillo hasta la cocina. Se preparó una sopa de ajo, como las de su madre, pero apenas la probó. Se quedó sentada a la mesa, sin pensar, con los ojos perdidos en la pared vacía. Eran casi las doce cuando se fue a la cama. Al día siguiente se despertó de nuevo a las seis de la mañana, se levantó para ir al baño pero no se peinó, ni se lavó, ni se vistió, ni se miró en el espejo.





SOCIEDAD

A cartoon illustration of an elderly woman with short, curly blonde hair, wearing a purple short-sleeved top, a pearl necklace, and light grey trousers. She is holding a large, teal rectangular sign with the word "SOCIEDAD" written in white, bold, uppercase letters. She is standing on a grey shadow cast on the ground.

SOCIEDAD – BUEN TRATO

Una mañana cualquiera, Amparo se despertó, el reloj marcaba las seis. Estiró el brazo y tocó el lado de la cama de Esteban. Aunque hacía tiempo que había fallecido recordó su calor, su voz, su olor... Este recuerdo le reconfortaba mucho. "Tuvimos una buena vida, Esteban"- dijo en voz baja -. Puso la radio y estuvo escuchándola hasta las nueve. Se levantó, abrió las cortinas y el sol llenó la habitación. Tarareó la melodía de la radio mientras se preparó el desayuno, luego se vistió, no sin dificultad porque tenía artrosis, y se acabó de arreglar en el baño. Se miró en el espejo... le gustaba su nuevo corte de pelo, todos le habían dicho lo bien que le sentaba.

Antes de irse a la calle, fue al balcón a regar las plantas. Acarició los capullos del rosal, pronto estaría lleno de flores. Se sentía orgullosa cuando los vecinos le decían que tenía el balcón más bonito de la calle. Se puso el abrigo y cerró la puerta con llave. Amparo vivía en un tercero sin ascensor. Cuando se instalaron en esa casa, allá por los setenta, la mayoría de las casas no tenían ascensor. Comenzó a bajar, lentamente. En la última reunión de vecinos, ella y las otras dos vecinas más antiguas de la casa, habían pedido que se instalase una barandilla en la pared para poder agarrarse con más facilidad. Los nuevos vecinos estaban de acuerdo en que esta cuestión era un problema y decidieron ponerle remedio; incluso un vecino dijo que "podía venirles bien a todos".

A la altura del primero se encontró con Marta, su vecina. Marta y ella tenían un acuerdo por el que Amparo se quedaba algunas tardes con su hijo Juan y, a cambio, Marta le ayudaba con algunas tareas de la casa.

-“Buenos días, Amparo”- le saludó amablemente -.

-“Buenos días, Marta. ¿Qué tal está Juan? ¿Ya se le ha quitado el resfriado?”.

-“Sí. Hoy le he llevado al colegio. Esta tarde tengo turno de tarde y lo va a recoger Sara, la mamá de Rubén. ¿Te vendría bien quedarte con él a partir de las seis?”.

-“Esta tarde... Sí, sí puedo. A las seis voy a casa de Sara y lo recojo. No te preocupes”.

-“Te lo agradezco mucho, Amparo. No sé qué haría sin ti...”.



Cuando se despidieron se quedó pensando en Marta, en su situación, últimamente se le habían complicado las cosas. El sábado

hablarían. A las dos les gustaba tener un rato para hablar de sus cosas. Amparo se dirigió de nuevo a las escaleras, sólo le quedaba un piso. Cuando salió a la calle se sentó a descansar un poco en un banco que habían instalado en la acera frente al portal “Qué bien me viene el banco nuevo, además, con las aceras tan anchas, ida gusto!”. En la entrada del portal, se encontró con un vecino:

-“Buenos días, doña Amparo”.

-“Buenos días, Carlos”.

-“Mire, ya han colocado el banco que solicitaron. ¡Venga, siéntese y me dice qué le parece... estamos a tiempo de ponerle una demanda al carpintero!”. – soltó una broma que provocó una sonrisa en Amparo -.

-“Gracias. ¡Qué bien! Cuando vengo con las bolsas, se agradece poder descansar un poco”.

-“Ya sabe doña Amparo que si necesita ayuda me llama y las bolsas se las subo yo”.

-“Lo sé, Carlos. No sabe cómo se lo agradezco”.

-“Que tenga un buen día”.



Se dirigió a la sucursal donde tenía ingresada la pensión, se puso en la cola para el cajero porque ahora tenían que sacar el dinero allí. Llegó su turno, metió la cartilla en la máquina. En la pantalla apareció un texto. Amparo rebuscó en su bolso hasta encontrar sus gafas de cerca ya que tenía que teclear la clave, pero como no veía bien los números tardó en teclear y el cajero expulsó la libreta. Volvió a meter la cartilla, intentó teclear de nuevo pero se equivocó. La máquina volvió a escupir la libreta. Una nueva oportunidad, pero estaba nerviosa y de nuevo se equivocó. Esta vez el cajero se tragó su cartilla.

-“¡Mi cartilla...! – exclamó preocupada -.

-“Se la ha quedado el cajero porque se ha equivocado tres veces” - le dijo amablemente un chico de los que esperaban -.

-“Y... ¿ahora qué hago? ¿Y mi cartilla?” – Amparo empezó a mostrar signos de angustia -.

-“Tiene que entrar en el banco y ellos la ayudarán” - dijo otra mujer -.

Amparo se dirigió al interior de la sucursal. Se sentó en una silla mientras esperaba su turno, había mucha gente esperando. Cuando llegó su turno le explicó al empleado lo que había sucedido. Comentaron las nuevas normas del banco, le dijo que no se preocupara y que esto pasaba muchas veces. Le devolvió su cartilla y le dio el dinero que necesitaba. Le explicó que sería bueno que utilizase una clave fácil de recordar y que la próxima vez fuera a una hora en la que hubiera menos gente y él mismo le explicaría cómo funcionaba el cajero. Se despidieron amablemente.

Amparo consultó la hora, eran casi las doce y tenía que ir al médico. Se sentó en la sala de espera del centro de salud. Salió el médico y llamó a Amparo.

-“Buenos días Amparo, ¿cómo se encuentra?”.

-“Tirando doctor” - respondió Amparo -.

-“Explíqueme qué siente exactamente”.

-“Pues que estoy cansada, con las piernas muy pesadas”.

-“Ya tenemos los resultados de los análisis. Amparo tiene un poco de anemia y un poco alterada la glucosa. ¿Qué tal come?”.

-“Pues la verdad, docto,r es que como poco, no tengo mucho apetito, desde que murió mi marido me cuesta ponerme a cocinar, es como si hubiera perdido la ilusión”.

-“Es normal Amparo que se sienta así. ¿Camina o hace algún ejercicio?”.

-“Sí, voy a la piscina dos veces a la semana e intento caminar un poco todos los días”.

-“Vale, de todas formas voy a enviarte al especialista para que te valore. He pensado mandarle unas vitaminas para estimular el apetito, ¿Qué le parece? Se las puede tomar por las mañanas con el desayuno, pero es importante tener una dieta sana y completa”.

-“Me parece muy bien, creo que me puede ayudar. Gracias, doctor”.

-“De nada, si se encuentra peor vuelve a pedir cita”.



Amparó salió de la consulta más animada. De regreso a casa entró en la panadería, la de Rosario y Enrique. Ya no estaban ellos porque la habían traspasado a principios de año. Ahora se llamaba la "Boutique del Pan". - "Hay que ver cómo se va modernizando todo – pensó Amparo -. Me gusta cómo han remodelado todo pero prefiero llamarle "panadería" porque con ese nombre parece que van a vender vestidos para los panes".

- "Buenos días, dígame" – le preguntó el dependiente -.

- "Me pone un pan sin sal, por favor, y tres rosquillas – contestó Amparo -. Qué bonito está todo y qué buena pinta".

- "Gracias, Amparo. Aquí tiene lo que me ha pedido. ¿Algo más? ¿Quiere llevarse unas galletas sin azúcar?".

- "No gracias, no me gustan. No se ofenda pero no me saben a nada - contestó Amparo - .

- "Cuando quiera le invito a probar una – dijo el dependiente -. Antes de que se vaya, llevo toda la mañana comentando a los clientes que tengan cuidado al salir porque hay unas baldosas sueltas y ayer mismo se cayó una señora en la puerta. Claro que no me extraña, porque yo mismo al entrar también me tropecé y tengo el dedo gordo del pie como un tomate".

- "Tendré cuidado, ¡muchas gracias! – dijo sonriendo Amparo -.

Cuando llegó al portal se encontró de nuevo con su vecino.

- "Buenos días, doña Amparo. Déjeme las bolsas que se las subo".

- "No hace falta, si apenas llevo nada".

- "Tengo aquí también esta bolsa que me ha dejado Marta para usted. Dice que así tiene para las meriendas de Juanito".

Subió a casa. Cada vez las escaleras le parecían más empinadas. Abrió la puerta y dejó las bolsas en la cocina. Se sentó un rato en el balcón, le gustaba oír el bullicio de la calle y sentir el sol en su cara. Fue a cambiarse y después empezó a hacer la comida "¡Ay, Esteban, si tú o alguno de los chicos estuvierais aquí, haría un guiso, pero para mí sola, con un tomatito y un huevo duro tengo suficiente". Después de comer, se acomodó en el sillón de oreja de Esteban. Le gustaba echarse una siestecita apoyada en el brazo, dormirse arrullada por el sonido de la televisión. Ese día escuchaba retazos de una entrevista a un político



acerca de las pensiones y de las personas mayores y del esfuerzo que estaban haciendo para ayudar económicamente a otras generaciones más jóvenes.

Eran casi las seis cuando sonó el timbre de la puerta.

-“Amparo, soy Sara”.

-“Hola Sara, ¿qué tal estás?”

-“Bien, gracias. Pensé en subirle a Juan y así no tiene usted que bajar las escaleras. Esta tarde no podía quedarse conmigo porque voy con Rubén a probarle el traje de la primera comunión”.

Amparo se dirigió al niño.

-“Pasa, Juan. ¿Ya estás bueno?”.

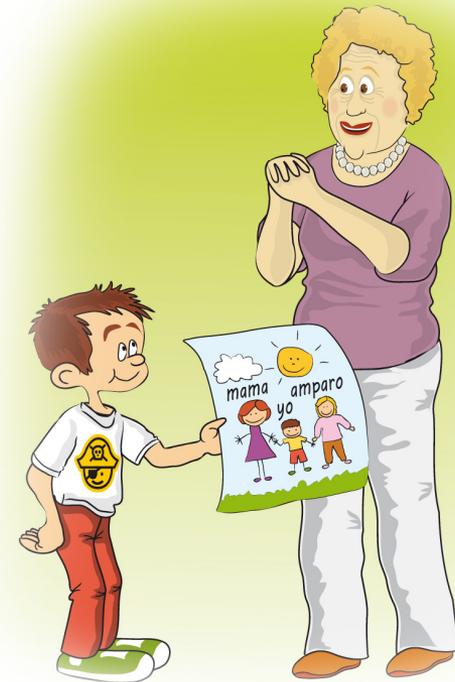
-“Ya no toso. ¿Vamos a merendar chocolate como el otro día?”

-“¡Claro que sí! Me ha traído tu mamá unas tabletas de chocolate y he comprado unas rosquillas, que van a ser mi perdición. No te lo pierdas, la panadera me quería vender unas galletas sin azúcar, ¡si viera la merienda que hemos preparado! – Amparo y Juan soltaron una carcajada -.

Amparo le preparó un bocadillo de pan y chocolate. Merendaron juntos en la cocina. A Juan le gustaba dibujar y mientras dibujaba le contaba historias del colegio, de sus partidos de futbol... Amparo le escuchaba atenta, gesticulaba y reía ante sus ocurrencias.

El niño le enseñó orgulloso el dibujo que había hecho. En él aparecían Juan, su mamá y Amparo. Juntos colgaron el dibujo en la puerta de la nevera, al lado de los que tenía de sus nietos. Marta llegó a las ocho a recoger a Juan. Amparo se preparó la cena, una sopa de ajo, como las de su madre. Eran casi las doce cuando se fue a la cama.

Al día siguiente volvió a despertarse a las seis de la mañana. Estiró el brazo y tocó el lado de la cama de Esteban. Inevitablemente pensó en él... su calor, su voz, su olor... aunque le echaba de menos pensó que hoy también podría ser un gran día.



Sociedad

Amparo es una mujer de 81 años de edad, nacida en un pueblo de Extremadura poco antes de comenzar la guerra civil en el año 1935. Sus padres la llevaron a la escuela, aunque pronto se tuvo que poner a trabajar para poder ayudar a su madre a criar a sus otros cuatro hermanos.

En 1954, cuando tenía apenas 19 años, conoció a Esteban, su marido, su amor. Juntos tuvieron 5 hijos y en 1970 decidieron irse a vivir a Madrid, dado que ambos querían ofrecer a sus hijos unos estudios que ellos no tuvieron, poder decir con orgullo que sus hijos podían llegar a ser "alguien en la vida".

En el bloque donde vivían, todos los propietarios eran más que vecinos, parejas jóvenes con hijos y sueños que procedían de diferentes lugares de España: Andalucía, Extremadura, las Castillas... No sólo eran amigos, eran la otra familia con la que se ayudaban en los días difíciles.

Amparo recuerda con mucha nostalgia la llegada de la televisión a color y del teléfono. Era una de las pocas vecinas que tenía teléfono, de manera que su casa se convirtió en una especie de locutorio donde, en caso de urgencia, sus vecinos acudían para poder llamar o ser llamados.

De sus hijos hubo de todo, un par de ellos sacaron carreras universitarias y los otros tres tienen trabajo, familia e hijos.

En el año 2012, su marido falleció de cáncer tras dos años de lucha, 54 años de convivencia y toda una vida en común.

La soledad en la que se ha quedado Amparo pudo sumirla en la tristeza, pero Amparo siempre fue una mujer valiente y ha decidido que tiene que continuar viviendo y luchando por lo que quiere y a los que quiere.

